

LA PRÁCTICA EDUCATIVA

Adriana Guadalupe Márquez Díaz*

Los festivales en los Jardines de niños. Una tradición que hay que revisar

Los festivales son una parte muy importante de la tradición y la cultura escolar de la educación preescolar en México. Consisten, como todos los festivales escolares, en la presentación de una serie de “números artísticos” (declamación o cantos corales, dramatización, movimientos rítmicos o los famosos *bailables*); con ellos se celebran o conmemoran días especiales del calendario social o cívico.

Para lograr el éxito en esos festivales se invierte una gran cantidad de tiempo —en ocasiones exagerada— para los ensayos. Buscamos que el festival sea de lo mejor, que todo “salga parejito”, no dudamos en atravesar el patio para ayudar a que el niño no se equivoque. Es decir, hacemos todo lo posible para que los pequeños puedan “lucirse” frente al público familiar que asiste para aplaudir su participación. Las educadoras, generalmente, ponemos mucho empeño en esta tarea; también “nos lucimos” con su realización.

Durante los 16 años que estuve frente a grupo, los festivales —debo reconocerlo— fueron una de las actividades en cuya realización me esmeraba mucho, quizá exageradamente. Me preocupaba porque todo saliera bien: trataba de que todos trajeran el mismo vestuario, mandado a hacer cuando era posible o, al menos, comprado en el mismo lugar. Recuerdo que en una ocasión llegué a ensayar durante un mes para el festival de despedida de la inspectora de la zona; los resultados fueron excelentes, aunque los niños terminaban agotados y algunos se distraían.

Disfrutaba al observar la participación de los niños y la satisfacción de los padres de familia, tíos o abuelos quienes gozaban al ver participar a sus hijos, sobrinos o nietos, aunque esa participación fuera mínima o fugaz. Este esmero o afición por la preparación de festivales, cantos y juegos, tal vez me viene de herencia. A veces llego a creer que lo traigo en la sangre, pues mi abuela, la profesora Amé-

* Subjefe de Fortalecimiento Académico en el Departamento de Educación Preescolar, Mexicali, Baja California. Dirección: marquezlupita@hotmail.com

rica, siempre se destacó en esa asignatura en la Normal de Educadoras. Sin embargo, ahora me pregunto: ¿Por qué exponer a los niños a un ensayo tan excesivo? ¿Por qué querer que todo “salga parejito”?

Las educadoras nos distinguimos por realizar los festivales y ceremonias con mucha dedicación. No estoy en contra de su realización, pero me parece que ocupan un tiempo excesivo de las tres horas diarias en las que trabajamos con nuestros alumnos, que en realidad son pocas. Reconozco que en su preparación y ejecución las niñas y los niños pueden aprender cosas importantes; sin embargo, creo que es necesario detenernos un poco a pensar: ¿Es necesario realizar tantos festivales durante el ciclo escolar? ¿Cuál es su finalidad? ¿Qué aprendizaje obtiene el niño? ¿Qué se deja de hacer para atender estas tradiciones?

¿Qué se festeja?

Los festivales o ceremonias se realizan —como todo mundo sabe— con motivos sociales o cívicos. Entre los motivos o festejos sociales tenemos los siguientes: la navidad, la primavera, el Día del niño, el Día de la madre, el Día del padre, y... hasta la ceremonia de fin de cursos, etcétera. Del calendario cívico conmemoramos también muchos hechos. Estos festejos o conmemoraciones son casi obligatorias; se tienen que hacer “porque sí”. ¿Y para qué?

Inclusive, algunas actividades planteadas originalmente con otros propósitos, como la “demostración de fin de cur-

sos” son convertidas en festejos sociales. El objetivo de esa demostración era que los padres presenciaran una jornada de trabajo del niño para observar sus avances; sin embargo, en algunos casos dicha actividad ha cobrado otro sentido. La ceremonia de fin del ciclo escolar es similar a la que se hace en un bachillerato o en la universidad: los niños asisten con vestuarios lujosos, en algunos de los casos con toga y birrete, y la ceremonia se realiza en salones sociales. Debo reconocer que los niños se ven preciosos y que, debido al clima, por lo menos en esta ciudad es mejor hacer el festival en esos salones que en el patio del Jardín, pero esta tradición genera gastos a los padres de familia, lo cual para algunas familias puede significar un sacrificio debido a sus condiciones económicas. Así, estos festejos también incrementan el costo de la educación preescolar para las familias.

Los festejos sociales

Durante un ciclo escolar, en un Jardín de niños de la ciudad se realizaron seis festejos sociales. Algunas de las actividades que implicó cada festival fueron las siguientes:

EL FESTIVAL NAVIDEÑO. Las educadoras, el maestro de música y los niños prepararon coros alusivos y representaron la pastorela, dedicaron por lo menos de 2 a 3 semanas de ensayo aprovechando la sesión de cantos, juegos y ritmos que por lo regular es de 30 minutos diarios, además de dos ensayos generales con una du-

ración de 1 hora aproximadamente, con la presencia de todos los alumnos. A estas actividades hay que sumarle el diseño del vestuario, decorado, escenografía, invitaciones, etcétera.

EL FESTIVAL DE PRIMAVERA. En este caso se organizó un desfile por la comunidad, culminando en el plantel con una kermés o verbena popular; para ello no se invirtió tiempo en el ensayo, pero sí en el decorado con motivos primaverales de los carros alegóricos y las bicicletas o triciclos, los trajes de los niños (que variaban de acuerdo al gusto de los padres), y en la organización de la kermés y la venta.

Por cada festejo se consumen en ensayos 5 horas (30 minutos diarios durante 2 semanas) y 2 horas más en los ensayos generales, y el festejo durante el mismo día que puede consumir 2 horas o toda la jornada, por lo que se invierten, aproximadamente, 9 horas por cada uno; si sólo se realizaran 6 festejos en el año estaríamos hablando de 54 horas al año, eso sin considerar otras actividades que se realizan en el aula alrededor de cada festejo.

Las efemérides

Además de la ceremonia de los días lunes, durante el ciclo escolar en los Jardines se llevan a cabo por lo menos 5 festivales para conmemorar los hechos más importantes, tales como el día de la Independencia, las Naciones Unidas, la Revolución Mexicana, el Día de la Bandera y el Día del Ejército y el natalicio de Juárez. Estos festivales son similares a los socia-



Autor: Carlos Alberto Pérez Morales, 5 años

les, y consumen —más o menos— el mismo tiempo:

EL DÍA DE LA INDEPENDENCIA. Al igual que los otros festejos se invierte tiempo en los ensayos, pero también en la elaboración del decorado del patio, las invitaciones y, en ocasiones, la venta de algunos antojitos. Por supuesto que también los niños portan un vestuario a elección de la mamá, sólo acorde con el tema; observé que en un Jardín sólo se realizó el festival donde se entonaron algunos coros e interpretaron algunos ritmos, luego degustaron unos antojitos mexicanos, después ya no hubo clases.

EL DÍA DE LAS NACIONES UNIDAS. Para esta ocasión los niños asistieron ca-

racterizados con trajes típicos de diversos países; a cada salón se le asignó un platillo para que al término del programa puedan convivir padres e hijos, degustando la comida tradicional de algún país. Al igual que en el anterior se invierte tiempo en los ensayos y en la organización, decorado e invitaciones.

EL DÍA DE LA BANDERA Y EJÉRCITO NACIONAL. Por lo regular estas dos fechas se celebran juntas, las actividades difícilmente varían, pues se preparan coros a la bandera y al soldado, una dramatización de la leyenda azteca y el tradicional desfile de la historia de la bandera; en esta conmemoración regularmente no se suspenden las clases, aunque algunos jardines sí lo hacen. ¡Ah!, por cierto, también se elaboran banderas o cadenitas de papel de china, verde, blanco y rojo para ser colgadas en el cerco del plantel y con eso demostrar el amor a la Patria.

Si consideramos que aproximadamente se realizan 5 festivales cívicos, con un tiempo equivalente al de los festejos sociales, estaríamos hablando de 45 horas al año. ¡Y eso sin contar el tiempo que se invierte en la ceremonia de cada lunes! Desde luego, en este caso, como en el anterior, el tiempo de ensayos varía según la organización del plantel.

En mi experiencia, durante varios años, me preocupé por abarcar el mayor número de efemérides posibles; sentía que era casi obligatorio hacerlo, mas no por lo que los niños podían aprender con esa actividad. Según la fecha realizábamos actividades manuales, utilizando diversos

materiales, con la finalidad de que el niño supiera qué se celebraba ese día y se lo recordara a su familia.

A los niños les tocaba hacer muy poco en la actividad; regularmente era iluminar, recortar y pegar. Año tras año hacía las mismas banderitas para el 24 de febrero, mis alumnos iluminaban y recordaban el mismo soldado para el día del ejército, aunque esa actividad ya la hubieran realizado antes los hermanitos o primos. Tampoco me daba cuenta de que a veces los niños no comprendían del todo lo que se les explicaba, quizá porque —entre otras razones— no contaba con el material adecuado para facilitarles la comprensión del tema.

Cuando se trabajaba por proyectos, interrumpía las actividades del que estaba en marcha para conmemorar la fecha que tocaba o, mejor, planeaba un proyecto sobre la fecha. Y eso mismo sucede hoy. Me he podido percatar de que las educadoras en su intento por “aplicar el programa” no dejan pasar estas fechas y sencillamente tratan de elegir la competencia que mejor se acomode al tema de la fecha a festejar o a conmemorar, según el calendario cívico o social. Se les olvida que el punto de partida es la competencia, no el tema o la situación didáctica.

Si reconocemos que el centro de la educación es el *niño* y que nuestras actividades deben planearse con la intención de favorecer sus competencias, debemos responder honestamente a las siguientes preguntas: ¿Qué pretendemos al realizar actividades manuales tocando el tema de las efemérides sólo por el hecho de que no



Gabriela Romo Moncada

pasen desapercibidas? ¿Estamos, verdaderamente, enseñando historia? ¿Qué significado tienen para el niño esas fechas? ¿Fomentamos de esa manera valores cívicos? ¿O esperamos que así los niños construyan su “identidad nacional”?

Algunas repercusiones de la tradición

¿Qué generan estas actividades en los niños, en las maestras o en la familia?

No puedo dejar de reconocer que en ocasiones el niño obtiene ciertos aprendizajes con sus participaciones, tales como la adquisición de nuevas palabras, la reproducción de la secuencia de un ritmo o el de un baile. Pero estos son aprendiza-

jes pasajeros que obtienen como producto de constantes repeticiones, las necesarias para que participen en el festival.

Para algunos niños esta “participación” puede ser motivo de placer, pero a otros les produce pena o hasta angustia; hay a quienes no les gusta caracterizar algún personaje o simplemente portar un disfraz, pero se ven obligados a participar. Claro, todo depende de la personalidad del alumno y de la motivación que se le da. Generalmente no nos fijamos en estas repercusiones, lo importante es que el festival “salga bonito” y que los niños y sus maestras “se luzcan”, como ya mencioné.

Pensamos que este tipo de actividades les permite a las madres y a los padres



de familia darse cuenta de ciertos avances en el desarrollo de sus hijos; ellos se sienten satisfechos, a muchos se les “desgarra” el corazón al ver a sus hijos participar en el festival, aunque algunos niños o algunas niñas ni siquiera se muevan o canten. Quizá nos hace falta pensar en otras consecuencias para la familia.

Para la familia la adquisición del vestuario implica un gasto que puede ser fuerte —cuando se requieren trajes lujosos— o menor —cuando se utiliza el uniforme diario o el especial de ceremonias— como ocurre en muchas escuelas, donde sólo se agrega al uniforme un detalle alusivo a la celebración. También implica otras preocupaciones, como la de solicitar un permiso especial para faltar al trabajo y así poder cumplir tanto con el niño como con la escuela.

Para la educadora es muy grato ver el “producto” de su trabajo, plasmado en la participación del niño; pero para alcanzar ese logro se le acumula el trabajo: tiene que ver cómo distribuir el tiempo de manera que permita ensayar, preparar los implementos (materiales, vestuario, etcétera) u organizar su compra, organizar el festival (decoración de la escuela, invitaciones, acomodo del mobiliario, etcétera) y... “todo lo que resulte”, lo que finalmente le genera *estrés*.

El cálculo presentado antes —que puede tener variaciones en cada Jardín— indica que los festejos sociales y cívicos consumen una proporción importante del tiempo (casi 100 horas anuales), si a ello sumamos las suspensiones para las sesio-

nes del Consejo Técnico, por lluvia (como sucede en la entidad), las reuniones sindicales y algunas más que escapan de mi memoria, veremos que el tiempo de trabajo efectivo —en actividades con propósitos más definidos— se reduce sensiblemente.

Así, sin poder percibirlo, la educadora distrae la atención de su principal tarea; olvida que el trabajo en el aula debe estar centrado en los aprendizajes del niño, y que eso significa propiciar el desarrollo de sus competencias, de sus capacidades de pensamiento. Al dedicar mayor tiempo a otros aspectos relega el trabajo sobre lo cognitivo.

Los festivales y la educación artística

Desde hace mucho tiempo, prácticamente desde el origen de la educación preescolar, se considera que los festivales constituyen un momento propicio para que el niño se exprese por medio de su cuerpo y entre en contacto con el arte. También se nos ha exhortado a que esos festivales sean una muestra del trabajo realizado cotidianamente; si la educadora aprovechara la clase de cantos, juegos y ritmos en sesiones bien estructuradas —se nos decía hace algunos años— el niño estará en mejores posibilidades de interpretar canciones o bailes sin necesidad de ensayos especiales prolongados. Así manifestaría sus avances de una manera más espontánea.

Pero tampoco la clase de educación artística debe estar al servicio de los festivales, pues tiene su propio valor e importancia en el desarrollo del niño. La sesión

de “Cantos, juegos y ritmos” o de “Música y movimiento” han sido una respuesta a la necesidad de expresión del niño a través del lenguaje artístico, le da la posibilidad de comunicar lo que siente y piensa y de manifestar su manera de ser; la práctica de este lenguaje es un recurso para el logro de una personalidad estructurada, pues en ella se conjugan la actividad intelectual, las habilidades físicas, la expresión afectiva y el trabajo en grupo. Es un proceso creativo que permite al niño establecer el equilibrio entre las exigencias de adaptación y aceptación a su medio, sus necesidades y posibilidades particulares de expresión.

Hoy en día, entre los propósitos fundamentales que establece el Programa de Educación Preescolar 2004 podemos encontrar el siguiente:

Que los niños y las niñas desarrollen la sensibilidad, la iniciativa, la imaginación y la creatividad para expresarse a través de los lenguajes artísticos (música, literatura, plástica, danza, teatro) y para apreciar manifestaciones artísticas y culturales de su entorno y de otros contextos.

El campo formativo de Expresión y Apreciación Artísticas organiza las competencias en cuatro aspectos: expresión y apreciación musical, expresión corporal y apreciación de la danza, expresión y apreciación de la plástica y por último expresión dramática y apreciación teatral.

De acuerdo con el nuevo programa debería brindarse a los niños posibilidades para que expresen por medio de su cuerpo



Alma Rosa Marmolejo

sus sensaciones y emociones, a través de movimientos improvisados, con diferentes formas de representarlos, coordinándolos y ajustándolos, para posteriormente ejecutar secuencias de movimientos y desplazamientos creando así una danza o baile, y no solamente buscar que el niño aprenda una técnica.

El desarrollo de las competencias esperadas en este campo formativo exige abrir espacios específicos de producción y apreciación artística, tomando en cuenta las características de los niños. Las niñas y los niños necesitan ocasiones para jugar, cantar, escuchar música de diferentes géneros y bailar; de esta manera enriquecen su lenguaje, desarrollan la capaci-



dad de percibir el ritmo y la armonía, así como la memoria, la atención, la escucha, la expresión corporal y la interacción con los demás. Es por esto que las educadoras y los maestros de música deberían juntar esfuerzos para que los propósitos que establece el Programa se puedan lograr.

Poner en cuestión la tradición y cambiarla gradualmente

¿Qué podemos hacer con respecto a los festivales y ceremonias en la educación preescolar? En primer lugar, debemos renunciar a la pretensión de conmemorar o festejar todas las fechas cívicas y sociales que existen en el año. Ya hemos visto el tiempo que consumen, los magros aprendizajes que se logran con ellos y algunas de sus consecuencias, entre las que se encuentra el desplazamiento de nuestra tarea principal. Si lo que se pretende es que los niños demuestren sus capacidades de expresión y apreciación artísticas podemos buscar estrategias más adecuadas para dar cuenta a las madres y a los padres de familia de los avances de los niños y las niñas: aquellas que les den oportunidad de poner en juego sus competencias, actividades donde se sientan bien, donde su participación sea natural y no el producto de una exagerada inversión de tiempo en ensayos.

Creo que la actuación espontánea del niño permite conocer mejor sus avances, a diferencia del producto de muchas repeticiones; tampoco se trata de dejar a los niños que por su cuenta organicen el

festival, decidan qué van a hacer y ellos ensayen solos, esta es una forma errónea de entender la autonomía, pues ésta se va adquiriendo gradualmente.

Ahora, desde mi función como asesora, he percibido que –en algunos Jardines de niños– las educadoras buscan realizar acciones más apegadas al Programa 2004. He visto intentos de evitar la realización de tantos festivales y por cambiar la forma de realizar los festejos en el plantel. Hay Jardines que de forma más sencilla presentan a los padres de familia coros, ritmos o *bailables* que los niños aprendieron durante el ciclo escolar y hasta canciones compuestas por ellos mismos, de una manera más natural, sin necesidad de ensayar tanto; en algunos se invita a las *mamás* a que observen el trabajo de los niños en un día de clases, como cualquier otro. Así también se evita el desgaste y el estrés del personal docente.

Ahora con una nueva propuesta curricular que establece el trabajo por competencias y que insiste en que el centro de la educación es cada niño, debemos aprovechar esas escasas tres horas diarias en las que ellos están en nuestras manos para que sus habilidades, capacidades, destrezas y conocimientos se enriquezcan, brindándoles verdaderas oportunidades de aprendizaje.

Sabemos que la aplicación del programa es un proceso gradual; el cambio en estas tradiciones lo será también. Demos a las educadoras y a sus directoras la oportunidad de pensarlo, asimilarlo, de intentarlo, de equivocarse y volver a intentar ●

